



# MEMORIAS LIBERTINAS DE LA BELLA ENCARNA

(XI)

Estaba yo en Rouen comiendo un impresionante lenguado con salsa normanda, cuando tuve la desgracia de leer en primera página que la Flota inglesa había sufrido un gran desastre en los Dardanelos, y que la carrera política de Winston Churchill peligraba. Y sentí un no sé qué aquí, y me dije: «Al fin y al cabo fue el primero. Y, además, el que más he querido, con eso tengo bastante». Corrí como una loca al hangar donde Perceval Roelants ponía a punto un avión, con el que quería sobrevolar los Alpes. Me arrojé a sus pies y le dije entre sollozos entrecortados:

—Llévame a Inglaterra, Perceval.

—Dime, mujer, ¿por qué lloras?

—Debo estar a su lado en estos momentos difíciles.

—Al lado de quién, si puede saberse.

—De Churchill.

No me pidió más explicaciones. Horas después sobrevolábamos Londres, y yo le rogué a Perceval que procurara aparcar lo más cerca posible del Ministerio de Marina. La avioneta se paró a medio palmo de

la bayoneta del soldado de guardia, y yo penetré en el edificio sin darle tiempo a reaccionar. Yo gemía más que gritaba: «¡Winston! ¡Winston!», y finalmente le encontré en un despacho gris y penumbroso, preparando las maletas.

—¡Encarna!

—¡Winston!

Sin que mediaran más palabras, nos abrazamos. Yo hacía esfuerzos para colocar la cabezota de Winston sobre mi pecho, pero él no adivinaba mis intenciones maternales y trataba de desabrocharme el corsé.

—No vengo para eso, Winston. Vengo a estar a tu lado en estos momentos de dolor.

Winston, que ya tenía mis enaguas en una mano y mi corsé en la otra, se quedó como herido de perplejidad.

—¿Qué dolor?

—Tu fracaso político.

—¿Llamas tú fracaso a esto? Una mujer hermosa se echa en tus brazos y empiezan unas espléndidas vacaciones.

No paró hasta que una servidora se cuadró.

—Las horquillas, no, ¡jea!

—Se te clavarán en la cabecita.

—Pues que se claven. Pe-

ro tú a mí el peinado no me lo descompones.

Horas después desperté completamente despeinada, y cuando le pedí explicaciones a Winston por su desconsideración, me dijo: —Tenía ganas de ver tu pelo suelto.

Yo no tenía ningunas ganas, porque la cabellera me llegaba hasta las pantorritas. Winston se empeñó en que me la dejara sin peinar durante las cortas vacaciones que pasamos en la Región de los Lagos, y con la humedad se me puso rizada, pringosa... una verdadera pena. Cuando llegamos a Escocia, ya no pude más, y le dije claramente:

—Winston, yo me peino.

—Tú verás.

Me peiné un fin de semana aprovechando un puente. Y tal día como el lunes encontré vacía en la cama la huella de Winston. En el vaciado de la sábana reposaba una carta. Pocas palabras: «Ha sido muy hermoso, pero mi familia me reclama».

Apreté la carta sobre mi corazón y me eché a llorar. Mientras, «in mente», me cagaba en su padre.

(Continuará)

YO PARA ESTAS  
COSAS SIEMPRE HE  
SIDO MUY CEREBRAL.

